

REFLEXIONES

SOBRE EL COMPENDIO DE LA OBRA DE LORD KAMES, TITULADA:

ELEMENTOS DE CRITICA.

HACE algunos años, y cuando apenas había entrado en la pubertad el que esto escribe, que la persona encargada entonces de su educación, puso en sus manos la obra cuyo título va al frente de este artículo. La fuerte impresión que hizo en su ánimo, se ha ido fortaleciendo en lugar de desvanecerse desde aquella época; y testigo de la poca atención que hasta aquí se ha puesto entre nosotros en un ramo tan importante de los conocimientos humanos, se atreve ahora á esponer acerca de él su humilde opinión, con la desconfianza que es natural á todo el que tiene muy bajo concepto de su capacidad.

Las ventajas de la crítica están fuera de toda duda, mas acaso no es muy conocido el alto grado á que pueden llegar.

Echemos una ojeada sobre nuestro método de enseñanza, y veremos que despues de gastar algunos años en estudiar lenguas, se verifica una transición violenta, y el alumno se ve trasladado como por encantamento á la escabrosa y encumbrada senda de las ciencias abstractas. La cadena de la educación se encuentra rota, y nos admiramos de la repugnancia y el hastio con que generalmente se ve el estudio de la filosofía, sin tratar de investigar cual pueda ser la causa. Jamas se ha buscado ese eslabon que falta y que es necesario suplir: y de esto dimana, en mi pobre concepto, la falta comparativa de verdaderos adelantamientos en la parte mas sublime de la educación intelectual.

En la enseñanza de las artes vemos que el alumno es conducido paso á paso, y hay en los conocimientos que se le van impartiendo una verdadera gradación. El dibujante no pasa á retratar las diversas facciones de la naturaleza, ántes de que haya aprendido á trazar con destreza las líneas con que ha de lograr trasladarlas fielmente al papel.

Si aplicamos este mismo principio al cultivo del entendimiento, veremos que esa gradación

se puede conseguir haciendo que el estudio de la crítica preceda al de la filosofía. No hay cosa que pueda prepararnos mejor para las investigaciones abstractas, que esa lógica encantadora que nos hace analizar las bellezas de la música, de la poesía, de la pintura. La práctica de raciocinar sobre asuntos tan agradables llega á ser un verdadero hábito; y una vez contraído este, los juicios que formamos son mas sólidos, la facultad de raciocinar adquiere vigor, y nos encontramos en aptitud de pasar á investigaciones de un orden mas elevado.

Al comparar los raciocinios metafísicos y matemáticos con los que formamos por medio de la crítica, veremos que la balanza se inclina del lado de estos últimos. Aquellos no tienen por objeto mejorar el trato de sociedad, ni son tampoco aplicables á los negocios comunes de la vida; en tanto que estos nos suministran materia útil y grata para la conversacion, y al mismo tiempo nos proporcionan medios de portarnos con dignidad y propiedad en el cuerpo social.

La crítica no solamente mejora el entendimiento: su influencia se estiende hasta el corazón. Prolijo seria por cierto enumerar todos los bienes que nos acarrea un gusto bien formado y ageno del objeto que se ha propuesto el autor de estas reflexiones: él no trata de escribir una disertación sobre la crítica; quiere puramente recomendar la obra de Kames, intimamente convencido de que si se introdujera su estudio en los colegios de la república, el resultado seria tan provechoso para los alumnos, como grato para todo verdadero amante de su patria.

Los „Elementos de Crítica“ están escritos en un estilo luminoso y con una rectitud de juicio, que son verdaderamente admirables. Una dición pura y castiza, un modo filosófico de tratar las cuestiones, un método fácil y sencillo, un gusto fino y delicado, tales son las prendas que mas brillan en la obra de Lord Kames. Su li-

bro es uno de aquellos que nos encantan, al par que nos instruyen, y puede asegurarse sin temor de errar, que la lectura de una sola de sus páginas basta para comunicar ideas tan útiles como nuevas.

El único obstáculo que pudiera oponerse á la adopción de los „Elementos de crítica“ en nuestros colegios, es el de no estar traducidos. Parece débil á primera vista; mas es preciso confesar que no lo es en realidad. Kames era inglés, y adaptó su obra á sus compatriotas. Así es que á pesar de que usa ejemplos en otras lenguas, la mayor parte está tomada de los escritos de sus paisanos. El menos entendido conocerá que al tratarse de introducir esta obra en un país donde se habla la lengua castellana, el traductor debe esforzarse en presentar ejemplos de escritores españoles. Esta tarea es tan laboriosa como difícil, y á ella se reúne la necesidad de alterar en algunas partes el texto original.

Sin embargo, este inconveniente no es tal que sea imposible superarlo. ¿Qué proporción guarda lo penoso del trabajo, con las incalculables ventajas que de él deben resultar? ¿Y qué mas digna recompensa para el que emprenda ese trabajo, que la dulce satisfacción de haber añadido una columna al vasto edificio de nuestra enseñanza general?

No faltará quien quiera que se introduzcan mas bien las *Lecciones* de Blair, que no los *Elementos* de Kames. La respuesta es fácil: la obra de Blair, reúne á su volumen el defecto de estar mal traducida; y si se insta diciendo que existe un compendio de ella, bastará recorrer las páginas de este para convencerse de su insuficiencia, y del poco tino con que fué formado. No sucede esto respecto de la obra de Lord Kames. Jamieson publicó de ella en Londres el año de 1823, un excelente compendio, y el que Frost dió á luz en los Estados-Unidos, es preferible á este por varias razones, y en particular porque contiene una serie de preguntas al fin de cada Lección.

Pero baste por ahora. Acaso en lo de adelante se encargará el Liceo de tratar con mas estension un punto de tanta importancia.

AGUSTIN A. FRANCO.

DIA NUBLADO.

En vano desde la aurora
Volví al Oriente mis ojos,
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No ví las tintas de grana,
Ni los celages de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,

Flotan sobre el sol naciente,
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Despues de ceñirle en torno:—

¡Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Parte á países remotos!—
Tór. I.

Ví solo á la sombra oscura
Desde el horizonte lóbrego
Guiar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Vi á las cenicientas nubes,
Desplegar su espeso toldo,
Correr, juntarse y formar
Nubarron inmenso y solo,

Que bajando hácia la tierra
Negro, triste y silencioso,
Parecer al cielo hácia
Mas cercano de nosotros.

El aire pasaba frio
Por los árboles del soto,
Que sin hojas en la ramas,
Crujian con rumor sordo:

Los flacos miembros desnudos
De algun mendigo andrajoso,
A su contacto de hielo
Se entumecian; y atónitos,

Con el plumage erizado,
Los pájaros melancólicos
Medio dormidos temblaban
En los huecos de los troncos.

Junta el pastor taciturno
Bajo de un árbol añoso,
El rebaño que pacía
Por el ya desnudo sol;

Y el labrador entregado
A triste, estéril reposo,
De su cabaña en la puerta
Medita tranquilo y solo.

La altiva ciudad levanta,
Cual mil brazos de un coloso,
Las cúpulas y torreones
De sus edificios góticos.

Dejad que en su centro abunden
Placeres que dan sonrojo....
¡También el silencio reina
De esos palacios en torno!

Mas ya escasas gotas frías
A una ráfaga del noto,
Caen en el pavimento
Con triste rumor sonoro.

Pasa la ráfaga al punto,
Y una llovizna de pronto
En hilos imperceptibles
Desciende hasta el seco polvo:

Sutíl, helada, continua,
De la tierra á lo mas hondo,
Del cuerpo á lo mas interno
Lleva su glacial encono;

Y la sensacion que causa
Tenaz azotando el rostro,
Reproduce y multiplica
Su frio en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo
Hiere el corazon, y ronco
Halla un eco prolongado
Del alma en lo mas recóndito!

Las horas calladas cruzan
Bajo el cielo nebuloso,
Como fantasmas del aire
Por las noches del otoño.

Sus tardos pasos publican
Solo en los bronces sonoros,
Que en las torres de los templos
Vibran con ecos medrosos.

Pero pasan invisibles,
Como por el mundo loco
Pasa la virtud modesta
Bajo de su traje propio.

Sobre sus alas el día
Corre hácia el poniente próximo;
Y cuando toca su frente
De la noche el dedo lóbrego,

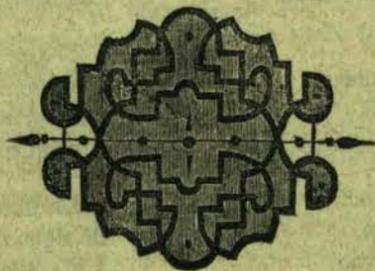
Caen en pedazos en ella,
De sus fauces á lo hondo,
Como en popular tumulto
Los despedazados troncos;

Y así perece ese día
Sin sol, sin colores, como
En infecundo cerebro
Un pensamiento grandioso.

Día nublado es la vida,
Su llúvia el humano lloro,
Y el frio del desengaño
Hiela el ardor mas fogoso:

Día nublado que cae
Con sus goces ilusorios,
En la noche de un sepulcro
Pobre ó rico; pero hediondo!

Diciembre 25 de 1843.—C. COLLADO.



BIBLIOGRAFIA.

MANUAL DE URBANIDAD

POR

EL EXMO. SR. D. MANUEL DIEZ DE BONILLA.

„Tout homme est capable de faire du bien à un homme; mais c'est ressembler aux dieux que de contribuer au bonheur d'une société entière.”

MONTESQUIEU.

El Exmo. Sr. D. Manuel Diez de Bonilla, ex-ministro plenipotenciario cerca de la Silla Apostólica, nuestro digno colaborador, habiendo regresado de Europa con un regular caudal de conocimientos científicos, por haber estudiado durante su mision diplomática las mejores obras que sobre diversas materias se han publicado en aquel continente, y haber tratado intimamente á muchos de los sabios que en ella figuran; habiendo, pues, regresado á su patria, y deseoso de cuantas mejoras pueda proporcionarle, se ha propuesto publicar varias obras políticas, diplomáticas y morales, ya originales ya traducidas, para ofrecer esta utilidad á su pais.

La obra inédita que hoy anunciamos con el modesto título de „Manual de Urbanidad,” contiene infinidad de preceptos morales presentados con una amenidad nada comun en obras de esta clase. Matizada con multitud de anécdotas interesantes, de trozos de poesia traducidos de varios autores estrangeros, así como de españoles y aun del mismo autor, y escrita en un estilo fluido y hermoso, pronosticamos á esta obrita una popularidad extraordinaria.

Los padres de familia agradecerán á su autor el impropio é interesante trabajo que se ha tomado para morigerar á la juventud mexicana, y por otra parte estamos seguros de que mas de diez cuadragenarios leerán este Manual con sumo interés, y lo tomarán por espejo.

Consideramos inoportuno hacer el análisis de una obra que dentro de algunos meses debe su-

jetarse al juicio de los mexicanos, pues el manuscrito se va á remitir á Paris para su impresion; mas entre tanto la anunciamos á nuestros suscritores con la mas grata satisfaccion, suplicándoles, para cuando la lean, observen que hemos sido parcos en los elogios que ella merece.

Hemos podido conseguir una copia de la *Introduccion* á la citada obra, y la insertamos para que nuestros lectores puedan formar una corta idea de su mérito.—RR.

INTRODUCCION.

Nace á veces entre espinas un fruto salvaje, amargo é insipido al paladar; pero que la cultura ó el ingerto lo convierten en dulce y de buen sabor: esta es la imágen de la *civilizacion*.

El hombre por su naturaleza grosero, personal y semibárbaro, se pule, humaniza y ennoblece bajo el influjo de la razon social, á la manera que el metal suelta la herrumbre bajo la accion del pulimento.

Son principios de la razon social:

- 1.º Ejercer los propios derechos con el menor desagrado de las demas personas.
- 2.º Respetar los suyos, aun cuando pudieran sernos dañosos.
- 3.º Reconocer su mérito, aunque proceda de nuestros enemigos.
- 4.º No causarles mal, sin justo motivo ó legitima autorizacion.

5.º Promover su bien, aun con sacrificio del nuestro.

6.º Renunciar á resentimientos del momento, que producirían disgustos futuros mayores.

7.º Sacrificar las afecciones personales al interés público.

8.º Lograr la mayor ventaja pública con el menor perjuicio de los miembros de la sociedad.

La civilización consiste, pues, en los triunfos que obtienen los principios de la razón social sobre los impulsos desordenados de la naturaleza. Así, por ejemplo, la naturaleza irritada nos impele á destruir al enemigo, aun cuando no pueda dañarnos; mas al contrario, nos ordena la razón, no hacerle aquel mal que sería inútil á nuestra defensa.

Los motivos por que deben seguirse los principios de la razón social son los siguientes.

1.º El placer que se gusta en hacer bien á otros, ó libertarlos de males.

2.º Los servicios que podemos prometernos de aquellos á quienes beneficiamos.

3.º La estimación pública que corona á los hombres benévolos.

4.º Los cargos y honores que debemos esperar de los gobiernos sabios.

5.º Las recompensas religiosas ofrecidas á los que hacen bien al prójimo.

La Urbanidad es un ramo de la civilización: consiste en el arte de acomodar la persona y las acciones, los sentimientos y el discurso, de forma que contentemos á los demás de nosotros y de sí mismos, ó bien adquirirnos su estimación y afecto dentro de los límites de lo justo y de lo honesto, ó lo que es lo mismo, de la razón social.

Así como un terreno no es posible embellecerlo, haciendo nacer flores escogidas y multiplicadas con todo género de cultivo, de la misma suerte no se puede producir en el ánimo ajeno la estimación y afecto hácia nosotros, con toda clase de medios.

La urbanidad no es, pues, un ceremonial de convención como han opinado muchos: sus preceptos no se atienen á los caprichos variables del uso y de la moda, sino que dependen de los sentimientos del corazón humano, los cuales son de todos tiempos y lugares. De esta proposición salta á la vista la verdad por la que se reconoce, cuando se ponen en balanza los motivos, por que ciertos actos merecen alabanza de pulidos, y otros, por descorteses, son condenados. Aun el campesino, por ejemplo, se apresura á levantar la moneda ú otro objeto que se ha escapado de la mano, y se inclina pa-

ra ahorrarnos la incomodidad que él se toma; lo que es un ahorro de pena en la ejecución de un deseo; y tal ahorro no es hijo de una convención establecida, sino de la índole de nuestras propias facultades. Hasta en el teatro, cuando los espectadores de atrás piden á los de delante que se quiten el sombrero, ¿lo hacen acaso por una precedente convención? No, ciertamente, sino porque el deseo de participar del comun espectáculo es racional y legítimo, como lo es el principio de que el placer de la mayoría no debe ser destruido por el de la minoría, ni aun rebajado.

En el código de la urbanidad hay, es cierto, algunas prácticas arbitrarias y convencionales, como las hay en los códigos civiles; pero la mayor parte de los preceptos se dirige á economizar sensaciones incómodas ó memorias aflictivas, y producir ideas halagüeñas ó placeres morales. Puede mirarse como convencional, por ejemplo, el uso europeo, por el cual, para evitar disputas, se concede el derecho de dejar la banqueta ó acera al que lleva la derecha hácia la pared; pues que con igual razón podía acordarse esta preferencia á la izquierda. Empero esta convención está sujeta á la ley de la comodidad ó incomodidad. En efecto, andando á caballo con una persona mas merecedora, pide la convención que se le deje la derecha, poniéndose uno un poco mas atrás; mas en el caso de que el paso sea resbaladizo ó pedregoso á la derecha, debe cambiarse de lugar; y si el viento arroja el polvo que levanta nuestro caballo, contra nuestro compañero, entónces, en vez de quedarnos atrás, nos pondríamos por delante. Por igual razón seremos los primeros en buscar el vado de un río y pasarlo, tanto para servir de guía al compañero, como para no rociarlo de agua ó fango. Se ve frecuentemente ceder la convención á la comodidad hasta en los mismos usos de los carreteros, cocheros y postillones. Un coche, por ejemplo, que está aguardando á ser cargado ó descargado, aunque tenga la pared á la izquierda, obliga á los que van y vienen á separarse de la línea, y tal vez á retroceder, porque si aquel hubiera de moverse cada vez que otro llegase, se haría acaso imposible la carga ó la descarga.

Si la urbanidad se redujera á prácticas arbitrarias y convencionales, resultarían de aquí varios inconvenientes; porque 1.º Perdería la urbanidad algunos grados de aprecio; 2.º Sería mas difícil para uno retenerse y ajustarse á un buen orden; 3.º Resultarían dudas á cada nueva combinación de cosas; 4.º Faltarían las normas para juzgar los usos y costumbres.

Es claro, por lo espuesto, que la urbanidad, considerada en su objeto y medios, no difiere de la moral, sino en la gradación. Quien dá, por ejemplo, un vaso de agua á un sediento, hace un acto de misericordia; y quien presta la llave de su palco al que desea asistir á una representación teatral, ejecuta un acto de urbanidad. En uno y otro caso hay cesación de un dolor, ó satisfacción de una necesidad; y este dolor cesado es lo que constituye el mérito principal de la acción. En el primer caso hay un dolor mas fuerte que en el segundo; pero ya se sabe que el mas y el ménos no mudan la especie. Uno que me niega veinte pesetas que me debe, es acusado de injusticia, porque me priva de los placeres que podía procurarme con esa cantidad; pero si escribiese, sin un motivo poderoso, cinco gruesas cartas á un hombre pobre, obligándole á pagar cuatro pesetas por cada una, de manera que el daño que resintiera subiese á cinco pesos, todos lo tacharían de indiscreción é inurbanidad, no por convención, sino por el indicado daño, que es igual en uno y otro caso, ó tal vez suele ser mayor en el segundo, pues que el desplacer de desembolsar, en circunstancias iguales, es mayor que el de no recibir.

Las virtudes vencen en grandeza, ó por mejor decir en peso, á la urbanidad; pero esta las vence en la frecuencia de sus actos. No es posible, ni á todos ni siempre, el ser generoso; pero siempre y á todos es posible ser urbanos.

Muchas veces al día se renueva la ocasión de ejercer modos nobles y atentos, de suerte que la frecuencia suple á la importancia. En suma, la urbanidad es la flor de la moral, la gracia que la embellece, el color que la hace amable y amena. Un escritor muy recomendable ha dicho, mas poética que filosóficamente, que las reglas de la urbanidad no son fijas como los preceptos dados por Dios sobre el Sinaí, y que cada nación y en cada tiempo se pueden adoptar las que parezcan mas convenientes. Si la moral es hija de esos preceptos, y si la afinidad, como se ha visto, es tan grande entre ella y la urbanidad, tan ciertos son para todo el género humano los principios esenciales de la una como los de la otra, y pueden servir los primeros como piedra de toque para calificar la bondad aquilatada de los segundos.

Es preciso confesar que la urbanidad no siempre se presenta abrazada con la moral, y el hombre mas cortés no es siempre el mas morigerado. El pueblo chino se dice que es el mas ceremonioso, y al mismo tiempo se cree el mas falso de los que pueblan la tierra; y sin ir has-

ta la China, cada uno advierte en los caballeros de la industria las maneras mas nobles y los mas agraciados cumplimientos para albagar el amor propio de las personas que quieren chasquear. Por esto, acaso, ha dicho un célebre autor, que la urbanidad no es sino el arte de engañarse á sí mismo por el aparente sacrificio de la voluntad propia á la ajena, de manera que no es raro el que los hombres mas urbanos sean los mas pérfidos. A cuyas razones púdesse contestar con las reflexiones siguientes.

1.º Una hermosa pintura puede subsistir sobre una pared delesnable y ruinosa; mas esta combinación de cosas ¿disminuye el mérito general de la pintura? La moneda falsa que aparece en el mercado ¿destruye acaso la necesidad y utilidad de la legítima? Porque la víbora se esconde á veces entre las flores ¿dejaremos de dar á estas todo nuestro aprecio? Despojándonos de los modales corteses, y revistiéndonos con la apariencia ó realidad de la ordinariéz y grosería ¿nos alejamos de la perfidia? ¿Se hace un vicio ménos nocivo á medida que se muestra con mayor descaro é impudencia?

2.º Hay muchos de nuestros sentimientos que si se hacen manifiestos, ofenden á los circunstantes, ó nos hacemos objeto de su murmuración: el arte que nos enseña á encubrirlos, ¿no será muy estimable? En efecto, muchos litigios que dividen las familias, tantos odios que abrigan en su pecho los ciudadanos, la mayor parte de los duelos que acaecen diariamente, no reconocen otro origen que un dicho ofensivo, un acto descortés, ó un simple mal modo. Pues sea que se corten estos actos con un ánimo sincero ó fingido, será siempre indudable que con huirlos nos libertamos de los indicados males. Poca aprobación merece el uso de los Espartanos que acostumbraban á los jóvenes á llevar las manos guardadas dentro de la túnica; mas cierto es que esta habitud refrenaba los puños, cuando la cólera inflamaba su ánimo.

3.º La mayor parte de los hombres no conciben una alta idea de sus semejantes sino por los modos exteriores.

Siempre por la apariencia juzga el mundo.

Por tanto, jamas se presentará el verdadero mérito tal como es, si se reviste de una áspera corteza y se desnuda de toda flor de urbanidad. Una muger hermosa, pero sin garbo, grosera y villana, interesa mucho ménos que una que no lo es tanto, pero sí afable y atenta. Por esto los poetas representan á Vénus, acompañada de las gracias, dándonos con ello á enten-

der, que la misma belleza no puede pasar sin ellas; porque en efecto, se puede ser bello solo de una manera; pero agraciado de mil.

4.º Tal es hoy de desdenosa la indole de la opinion pública, que con mas frecuencia perdona un vicio que una indecencia; y por esto las maneras, el discurso, el aire, el continente, los gestos grotescos é inurbanos, ademas de acarrear el titulo de despreciables á los que los usan, son tal vez la única causa porque tales personas no son admitidas á una concurrencia de esparcimiento y agrado, ó no es aceptada su compañía para un viage, ó se les excluye de una tertulia, y quizá hasta de una asociacion mercantil ó industrial, de que pudiera sacarse grande provecho y utilidad. Por tal motivo, cualquiera que pide un favor suele hacer uso de maneras nobles y atentas, con que se quita á la mala voluntad del que es rogado el pretexto de falta de gallardía y miramiento: y en general, la virtud misma indisponen los ánimos en su contra, cuando se viste de una apariencia agreste y salvaje.

5.º Nuestra urbanidad sirve no pocas veces de estímulo á otros para ser mas honestos de lo que quisieran naturalmente aparecer. El mismo delito, por una especie de pudor, que le sirve de conciencia, no osa desmentir las virtudes que se le atribuyen: así, cuando digo á alguno, por ejemplo: *me fio en vuestra honradez*, suscito en su ánimo un sentimiento agradable, que en igualdad de circunstancias, disminuye en él la gana de hacerme traicion. El respeto exterior es una barrera que puede oponerse con buen resultado á una familiaridad perniciosa.

Su decoro es un freno,
Al hombre mas osado.

6.º Finalmente, ninguno está exento de defectos; y bien, disimulando, cuando conviene, los agenos, logramos se disimulen los nuestros, y el arte de disimular oportunamente es un ramo de la urbanidad.

En suma, el deseo de hacer á otros contentos de sí mismos y de nosotros, cebando, sin faltar á lo justo, su amor propio, y, con mas razon, absteniéndonos de agriarlo indebidamente, nos procura su estimacion y afecto; es decir, que con un corto capital, logramos una fuerte ganancia.

Pero como es mas fácil hacer reverencias, que sacrificios; dar buena actitud á la cabeza y al cuerpo, que cultivar los afectos del ánimo; ser profusos en protestas vacias de sentido, que pronto á ejecutarlas; no es extraño que mu-

chos hagan consistir la urbanidad comun en solo los actos exteriores; de suerte que crean que la máscara sea buen remedio para la fealdad porque la esconde algunos momentos. Leyes y reglamentos se dan en muchas partes para ordenar las mas pequeñas acciones, las fórmulas del discurso, la especie de reverencias y su número, las preguntas y respuestas, los movimientos é inclinaciones que deben hacerse á cada persona y en cada instante del dia; con lo cual se priva de un tiempo precioso, que seria mejor empleado en el ejercicio de las virtudes sociales, y evitar que, en vez de personas decorosas y atentas, se las vuelva cómicamente ceremoniosas y ridiculas. En general, la escrupulosa atencion á fruslerías, pequenezes y frivolidades, y á los demas actos indiferentes socialmente, comprime el espíritu, ofusca el juicio, y hace olvidar al hombre sus deberes mas esenciales.

Bastará decir dos palabras sobre aquella parte de la urbanidad que se refiere al aseo y compostura de la persona, para recordar los vinculos que la ligan á la moral. Nadie ignora al presente que la limpieza sirve de escudo á la salud, y es capaz de librarnos de mil especies de males. Así, por ejemplo, no se picará tan prontamente la dentadura al que tiene el hábito de lavársela cada mañana; se reprime el desarrollo de muchas enfermedades cutáneas con el uso de lienzo limpio en la cama y en nuestro interior: no se vicia el órgano de la respiracion con el aire infecto de la noche, cuando se tienen las habitaciones secas y limpias de toda suciedad; y en suma, todos los preceptos de la Higiene nos prolongan el bienestar y la vida. Pues bien, la limpieza, conservando nuestras fuerzas físicas, nos habilita para ejecutar los deberes sociales y ser útiles á los demas; mientras que el desaseo, destruyéndolos, vuelve incómoda y gravosa nuestra existencia á la sociedad. Anudando secretamente la idea de la limpieza á la de la salud, se prepara el alma al ejercicio de muchas virtudes; y por esto Cook se persuadia de que el hombre á quien desde temprano se inspiraba el gusto por el aseo, con el tiempo se hacia mas sobrio, mas reglado y mas activo para desempeñar las propias obligaciones. Y realmente, el solo hábito de la limpieza física nos indisponen contra el gíton que ensucia el pavimento y las paredes con sus manjares indigestos, ó contra el ébrio que como un animal, yace revuelto en el fango. La sola sociedad de los burdeles y las asquerosas enfermedades que se contraen por quien los frecuenta, pueden bastar muchas veces pa-

ra huirlos con horror; y la atencion á desviar objetos que difunden malos olores, quita del medio muchas ocasiones de litigios, y mantiene la paz entre la vecindad. Dificil es formarse favorable idea de la salud y hábitos sociales de nuestros mayores, cuando se ve repetida en tantos estatutos la orden de tener cerradas las cloacas. La necesidad de recomendar este deber á los habitantes, prueba en ellos la ninguna atencion que ponian á las causas insalubres y su total indiferencia á las incomodidades de otros. Por esto se difundian tan rápidamente las enfermedades contagiosas en los siglos pasados, y los descuidos privados se hacian fatales á toda una nacion.

La filosofía, recomendando la salubridad en los hospitales, la cuarentena en los puertos, la desecacion de los pantanos, la necesidad de alejar los cadáveres de los templos, los arrozerales de las ciudades, las fábricas insalubres en los centros poblados, inventando máquinas y métodos para desinfectar el aire de los barcos, cárceles y hospicios, ha logrado libertar á los países civilizados de la lepra, de la peste y de tantos contagios que tan frecuentes y grandes estragos causaban en tiempos pasados. Ella puede gloriarse de haber mejorado la salubridad pública, destruyendo tantas causas perniciosas y adelantado la moral, obligándose á mirar los males agenos como propios.

Para no dejar incompleto el argumento de este escrito, no se ha descuidado tocar aquella parte de los actos exteriores que mas generalmente incomodan y desagradan; procurando para no recargar demasiado la memoria con el farrago de menudos preceptos, demostrar que la libertad de nuestros actos externos debe cesar desde el punto en que comienzan á privarnos de la estimacion y afecto de otros. Pero esta es la mas pequeña parte de la presente obrilla, que se dirige principalmente á ennoblecer los afectos del ánimo.

Cuanto tiene de fácil reunir materiales para construir un edificio, otro tanto es difícil hacerlo completo, cómodo, seguro, placentero y elegante. Por igual motivo, mientras pululan cada dia tantas obras de moral con que se rellenan las librerías, son muy pocas las que no se nos caen de la mano á su primera ó segunda lectura. Acaso el fondo de su asunto no está esclarecido con ninguna idea de orden, de modo que en vano se fatiga la mente del lector para concebir sus partes: acaso las frecuentes repeticiones y la profusion de palabras hacen desagradable y mas evidente la escasez de los

principios: generalmente se nos indica á la naturaleza como absoluta legisladora, sin que se nos explique claramente lo que sea, ó se interpretan caprichosamente sus oráculos. Los lazos que debe imponer la moral á los afectos, indisponen por sí mismos nuestros ánimos, y si una severidad importuna viene á derramar sus espinas, fallece todo deseo de virtud; fuera de que la moral no puede presentar máximas al lector que lo estimulen con la apariencia de la novedad.

Por tales consideraciones, se ha procurado amenizar el argumento con algunos trozos históricos, para que el placer de su lectura y la utilidad puesta en evidencia por los hechos, hagan agradables á la juventud las máximas que de ella resultan, y se ligen las unas á los otros en su memoria con los mas estrechos vinculos.

Ademas, presentando los usos de varias naciones relativamente á la urbanidad, se ha pensado dar, por decirlo así, mayor estension al juicio de los jóvenes, y quitarles de la mente la falsa y natural suposicion de que todo el resto del globo se asemeja al país que habitan, y que ha hecho como un proverbio nuestro vulgar el dicho de que *todo el mundo es Popayan*, ó como en mejor version decia, en Virgilio, Titiro á Melibeo.

Aquella ciudad que Roma es nombrada,
La juzgué, yo necio, tal como la nuestra,
Donde los Pastores tenemos en guarda
La naciencia pingüe de nuestras corderas
.....
Así á cosas grandes algunos comparan
Las que son pequeñas y de poca cuenta.

En consecuencia de esta suposicion, los jóvenes difícilmente se pliegan ó ejercen con torpeza aquellas combinaciones sociales diversas de las que les han sido familiares en los primeros años de su vida. Al contrario, cuando conocen los varios usos, hábitos y costumbres de los pueblos, no se hallan tan espuestos á la ridícula presuncion de la ignorancia, á tantas sorpresas estúpidas, ni tan fácilmente se dejan imponer por las apariencias, ni se fatigan en adoptar los modales mas conformes á los gustos de las personas con quienes llevan un trato mas frecuente.

Parece, en efecto, que no se debe enseñar á los jóvenes *el esqueleto de esta ó la otra historia*, sino *el extracto de muchas historias*, ó bien *la union de muchos hechos análogos*, de donde proceden sublimes y luminosos principios, y resplandecen sobre una larga série de fenómenos.



EL SAC.

Con extrañeza habrán visto los suscritores masculinos del Liceo, que ni una sola línea nos han merecido hasta la fecha, por lo tocante á modas. Un proceder tan indigno debe haber excitado su justo enojo; mas nosotros que tratamos de cohonestar todos los intereses, vamos á satisfacer una deuda tan sagrada. Hay mas; este artículo no entra en cuenta, y al cabo del mes presentaremos la estampa y descripción correspondientes, sin darnos por entendidos del regalo que ahora hacemos á nuestros barbudos suscritores.

¡Hijos de la generación floreciente del siglo XIX! ¡Lechuguinos *inocentes* que pasáis los días de vuestra misión sobre la tierra, arreglándoos el nudo de la corbata! ¡Venid y contemplad el místico figurín que va á la cabeza de este artículo! ¡Miradle con atención; su forma os revela una de las invenciones más profundas del arte *sartórico*, y al mismo tiempo es vuestro símbolo el más perfecto!

Miradle con atención,
Petimetres perfumados,
Y admirad entusiasmados
Esa sublime invención.
Miradle bien la cabeza,
Y notaréis con asombro
Que de la frente hasta el hombro
Todo es borrical flaqueza.

¡Qué mala salió esa última redondilla! Lo de *borrical flaqueza*, se conoce que vino á hacer solamente una visita (y muy fuera de lugar) al primer verso que concluye con *cabeza*. Ya se ve, con razón decía el buen Arriaza:

Y si el terceto ha de acabar en *bronce*
Consonante ha ser *Alonso Ponce*.

Pero dejemos eso y vamos al asunto principal. ¿Veis ese apuesto doncel, que abotonado hasta la nuca, y con el baston metido en la faltriquera á guisa de palo mayor de buque, se pavonea y marcha impertérrito mirando á todos lados y mendigando aplausos? Pues bien; ese... ese es lo que llaman vulgarmente un elegante.

¿Sabeis lo que quiere decir un elegante? Un individuo anfíbio en lo moral, una máquina

que solo se mueve por el impulso que recibe de los sastres y peluqueros, un autómatas, un..... ¡Dios ponga tienlo en mis labios! Disimulad mi cólera, lectores míos; el traje que representa esa viñeta, me ha causado un derrame de bilis. Ese traje se llama SAC. Ese traje es el más desairado, el más feo, el más prosaico y el más *caro* de cuantos se pueden imaginar. Decidme, ¿qué figura más triste puede darse que la de un hombre envainado en un *Sac*? En vano se busca en él un talle, un rasgo de la humana naturaleza; todo lo envuelve el *Sac*, con su fatídico capuz.

Ganas me dan de decirle á un petimetre cuando lo encuentro con esa desgraciada vestidura:

Ah, Dandy, Dandy, quod te *Sac* cepit?

Aquí llegaba mi filípica contra los *Sacs* cuando mi mozo me avisó que el diestro sacerdote de la moda, Mr. Cussac, me esperaba en la antesala. Salí á verle, y se entabló entre nosotros el diálogo siguiente.

“Mr. Cussac, ¿qué buenos vientos traen á V. por acá?”

“Vengo á entregarle á V. el *Sac* que me mandó hacer.”

“*Heu pietas, heu prisca fides!* dije para mi colete. “*Invectivas contra los Sacs, ¿adónde habeis volado?*”

Admiré, como era debido, la maestría de Mr. Cussac en el desempeño de la obra que le había encargado, y se despidió.

En la tarde de ese mismo día tenía yo que salir á la calle. Hacia frío y el *Sac*, colgado enfrente de mí, producía en mi mente una sensación semejante á la que Baltasar debió haber sentido al ver la mano misteriosa que le anunciaba su próximo fin. Vacilé por algún tiempo; mas al fin me decidí, lo tomé, me establecí en él lo mejor que pude, y marché impávido en medio de los comentarios de cuantos fijaban en mí los ojos.

Entonces me convencí de la exactitud con que había dicho el otro:

“*Video meliora proboque: deteriora sequor.*”
VV. disimulen el mucho latín.—ASMORBO.